

HUMBOLDT Y MUTIS

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

Expresidente de la Academia Colombiana de Historia,
Correspondiente de la Real Academia de Historia de Madrid
y de otras instituciones nacionales y extranjeras.

Los cinco años empleados por el Barón Alejandro de Humboldt en sus exploraciones de los dominios españoles de Ultramar, en compañía de su *alter ego* meritisísimo Aimé Bonpland, constituyen, como lo expresó uno de sus biógrafos, "La empresa más grandiosa de un particular alemán y un sacrificio hecho únicamente en interés de las ciencias".

Viajero infatigable y entusiasta hasta la emoción poética cuando sus pasos lo condujeron por florestas, bosques, ríos y montañas de nadie conocidos. Los problemas que la física, la geografía, la geología, la botánica y la astronomía le planteaban en el mundo tropical, fueron la base de sus grandes concepciones científicas, a las que dedicó el resto de su dilatada y feliz existencia. Conoció toda suerte de privaciones, sometió a pruebas increíbles su natural robustez, cortejó la muerte con la osadía de su juventud; recogió ingentes tesoros de la naturaleza americana y, en todas partes, dejó huella inolvidable de su desinterés, su generosidad y su sabiduría.

El perfecto equilibrio anímico que lo distinguió, la alegría ingénita de su carácter, su amor a toda belleza, su sentimiento de artista verdadero le convirtieron en el centro de una sociedad que al amanecer del siglo XIX, tenía el encanto de la doncella pudorosa. Su genio científico jamás sacrificó la propia calidad humana de quien ostentaba aristocrático título, menos por herencia familiar cuanto por su natural manera de exquisita cortejanía.

Quienes una vez le conocieron u oyeron hablar de las cualidades que lo adornaban, nunca lo olvidaron, menos aún en nuestra América donde el nombre de Humboldt lo proclama para siempre la corriente antártica, como él viajero infatigable y como él portadora de dones que va regando en su camino.

Buscador de tesoros científicos al descubrir en Cartagena de Indias la existencia en Santa Fe de Bogotá de don José Celestino Mutis, no dudó un momento en cambiar su itinerario y confiar su destino al lento capricho del río grande de la Magdalena y a la fatiga agobiadora de la cordillera andina. Dejaba el descansado pasaje del Istmo de Panamá, pero ese cambio de dirección, adoptado con felicidad, fuera de conducirlo a la amistad inapreciable de Mutis le brindó la ocasión, según sus palabras, "de trazar el mapa del río Magdalena, de determinar astronómicamente la posición de ochenta puntos situados en el interior de las tierras entre Cartagena y Popayán, los cursos superiores del Amazonas y Lima, de reconocer el error de la longitud de Quito, de recoger varios millares de plantas nuevas y de observar sobre una vasta escala las conexiones que ofrecen las rocas de pórfido sienítico y de aracito con el fuego de los volcanes... Hasta esta época ningún

viajero había emprendido describir la Nueva Granada, y el público, excepto España, no conocía la navegación del Magdalena sino por algunas líneas trazadas por Bouguer"¹.

En la ciudad murada neogranadina a la que lo condujo su búsqueda del Istmo para proseguir su viaje, con el fin de incorporarse a la expedición marítima del capitán Baudin, en la que se habían alistado los dos exploradores, tuvo la fortuna de encontrarse con el geógrafo y marino español Fidalgo, el ingeniero militar Esquiaqui, el mejicano Ignacio Caveró y, lo más valioso para los viajeros, hacerse a la amistad indeficiente de un gran prócer, protector de las ciencias, acaudalado en bienes y más rico aún en cualidades ciudadanas e intelectuales; estudioso por demás, promotor de variadas iniciativas para estímulo del desarrollo del Nuevo Reino de Granada; con relaciones sociales, científicas y comerciales en casi toda Hispanoamérica, que fueron puestas por don José Ignacio de Pombo al servicio de Humboldt y Bonpland, acreedores a la generosa hospitalidad de que fueron objeto y pudieron ufanarse durante su estancia en las Américas.

Un pasaporte real expedido en Aranjuez el 7 de mayo de 1799, que era algo más que uno de tantos documentos usuales, abrió con liberalidad a los ilustres exploradores el secreto mundo ultramarino español. Era un mandato de S. M. Carlos IV a sus representantes, de ayudar y permitir al Consejero Superior de Minas de S. M. el rey de Prusia, "el hacer en todas las referidas posesiones las observaciones y experimentos que juzgue útiles como también el coleccionar libremente plantas, animales, semillas y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de estos y hacer las observaciones astronómicas... y dar al expresado don Federico y a su Ayudante todo el favor, auxilio y protección que necesitasen"². Mas, en la culta sociedad criolla valía más que todo la prestancia intelectual de entrambos jóvenes, la respetabilidad de los conocimientos acumulados a tan temprana edad, que les hizo acreedores, desde el primer momento, al tratamiento de sabios.

Don José Ignacio de Pombo les brindó gustosísimo su casa de campo de Turbaco en cuyos aledaños la flora tropical ostentaba su grandeza. Jamás se borrarían de la memoria del prusiano aquellos días de apacible laborar: "La permanencia que hicimos en Turbaco, dice años después al escribir su relato, fue de las más agradables y de las más útiles para nuestras colecciones botánicas. Aún hoy, después de un largo intervalo de tiempo, re-

¹ Biblioteca de Historia Nacional, vol. XXXIX. E. Posada. Apostillas, 1926, Bogotá, Imprenta Nacional, página 323.

² Ernesto Restrepo Tirado. De Gonzalo Ximénez de Quesada a Don Pablo Morillo. Documentos inéditos sobre la Historia de la Nueva Granada, Imprenta Le Moil & Pascaly, París, 1928, p.p. 120 a 123.

gresando de las orillas del Obi y de los confines de la Dzungaria china, estas florestas de bambúes, esta salvaje abundancia del suelo, estas orquídeas tapizando los viejos troncos de icotea y de higuera de la India, este aspecto majestuoso de montañas nevadas; esta brisa ligera cubriendo a la salida del sol el fondo de los valles; estos boscajes de árboles gigantescos que se lanzan como islotes de verdura por encima de un mar de vapores, se representan sin cesar a mi imaginación. Nuestra vida en Turbaco era sencilla y laboriosa: jóvenes, unidos en gustos y caracteres, siempre llenos de esperanzas en el porvenir, en vísperas de un viaje que debía conducirnos a las más altas cimas de los Andes, a la vista de volcanes inflamados, en un país perpetuamente agitado por temblores de tierra, nos sentíamos más felices que en ninguna otra época de nuestra lejana expedición. Los años que se han deslizado después, no todos exentos de amarguras y de penas, han aumentado los encantos de esas impresiones, y gozo en creer que, del fondo de su destierro, en el hemisferio austral, en las soledades del Paraguay, mi desgraciado amigo el señor Bonpland recordará aún muchas veces con delicia nuestras herborizaciones de Turbaco, de la pequeña fuente de Torrecilla, de la primera vista de una *Gustavia* en flor o de la *Cavanillesia* cargada de frutas de castilla membranosas y diáfanas”.

De aquí, de tan inolvidables lugares prosiguieron su camino por el Canal del Dique hasta encontrar el turbulento Magdalena cuyas aguas caprichosas les conducirían a la Villa de Honda desde donde emprenderían el difícil camino de herradura de Río seco, hasta dejarlos en el altiplano. Allí, en Santafé de Bogotá, la metrópoli neogranadina, les esperaba impaciente el gran naturalista don José Celestino Mutis, que desde el mismo momento en que tuvo noticias de su presencia en el virreinato, conoció los grandes títulos que los ilustraban, tan acertadamente calificados por el señor de Pombo, convertido desde entonces en nuncio de los dos célebres viajeros a lo largo de su itinerario de Santafé de Bogotá, Popayán, Quito, Lima, Guayaquil, México y La Habana, hasta donde llegaban las valiosas relaciones del Prócer.

La carta a Mutis dice así:

“Cartagena, abril 20 de 1801

Mi estimado dueño, amigo y señor:

Hoy habrá partido de Turbaco, donde ha estado en mi palacio de paja, el señor Barón de Humboldt, caballero prusiano, M. Bonpland, su compañero de viaje, y M. de Rieux, que sigue con ellos hasta ésa. He dado al primero para usted una carta de recomendación, tan expresiva cuanto lo permite el favor que usted me dispensa, y mis deseos de complacer y servir a dicho Barón, que es seguramente de un mérito singular. Viaja con recomendaciones de su Corte y de la nuestra; ha estado en Río Negro, hasta los Llanos de Casanare; y desde allí vino a La Habana, de donde se dirigió a ésta, y hace un viaje por tierra hasta Guayaquil, donde piensa embarcarse en una de las dos corbetas francesas que a las órdenes del célebre Mr. Baudin, salieron de Francia en septiembre último a dar vuelta al mundo, y deben tocar en Chile, el Callao y Guayaquil. El citado Barón es de una casa ilustre y rica de Prusia: tiene muchos conocimientos en las ciencias naturales y exactas, y es

conocido en Europa por sus observaciones y descubrimientos sobre el galvanismo, o fluido nervioso, muy diferente de la electricidad, y de fenómenos tan raros como éste, sobre que ha publicado dos tomos. Tiene la más alta y justa idea del mérito de usted, que me ha dicho es más conocido entre los extraños que en España, y uno de sus principales objetos de hacer su viaje a ésa es por conocer a usted. Lleva muchos y buenos instrumentos, aunque aquí me ha dejado una parte de ellos para que se los remita a Guayaquil. Ha comparado con éste don Joaquín Fidalgo, Comandante de la expedición de los Llanos, sus observaciones astronómicas, y las ha hallado muy exactas y conformes, lo que hace honor a entrambos. Le he dado la Quinología de usted, que sólo había visto en extracto, y la ha apreciado mucho, lo mismo que el compañero M. Bonpland, que es un buen botánico y muy apreciable. Este es suizo y acompaña al Barón en sus viajes. Darán a usted noticias de toda Europa y de España, que le serán útiles y agradables, como que el primero particularmente ha viajado a pie desde Italia a Dinamarca, y que entrambos son infatigables y diligentes observadores. Los recomiendo particularmente a Popayán donde encontrarán un país virgen y acaso el más rico de este reino en producciones naturales, raras y extraordinarias. La quina, el palo de sándalo que nos traen de Prusia y nos venden a precio de oro, se encuentra allí a cada paso. El corpirache, árbol tan singular como el manzanillo en sus efectos, aunque diversos; el volcán de Puracé que sólo arroja cenizas y azufre puro; las termas de su falda; el río Vinagre; y el cerro de la Tetilla, que es un conductor que ha formado la Naturaleza, son prodigios que no se encuentran en otras partes. Volviendo a nuestros viajeros, tanto por sus cualidades personales, como por sus conocimientos y amor a las ciencias, son de un mérito distinguido.

Ya es demasiado larga y pesada esta carta...

JOSE IGNACIO DE POMBO³

Por su parte Humboldt al reanudar su viaje se apresura a escribir al sabio Director de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, objeto determinante de su cambio de ruta; así se deduce de la primera carta de Mutis al Barón, inicio de una amistad, de una mutua devoción que sólo la muerte extinguiría.

“Señor Barón, Federico Alejandro Humboldt.

Muy señor mío:

Tan apreciable me ha sido la resolución de continuar vuesa merced su viaje a Quito, viniendo por Santafé, con el único objeto de reconocer la *Flora de Bogotá* y proporcionar a su autor los agradables momentos de su generosa amistad, que reputaré por los más felices de mi vida los días de su residencia en esta capital del Reino.

Conozco bien por mi propia experiencia los trabajos y fatigas que le costará conducir sus delicados instrumentos por unos caminos tan ásperos, que suelen ser intransitables en las estaciones lluviosas. Puede vuesa merced precaver en mucha parte tales incomodidades

³ Guillermo Hernández de Alba. Archivo Epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis, Tomo I, Imprenta Nacional, Bogotá, 1947, p.p. 241 a 243.

disponiendo su salida de Cartagena en la estación más favorable.

De cualquier modo, el sacrificio es muy grande, y para corresponderlo yo por mi parte en lo posible, procuraré suavizarlo, escribiendo anticipadamente a mis amigos en Honda y Guaduas, para que le faciliten a vuesa merced las mejores comodidades que puedan ofrecer aquellas dos villas.

En Santafé será vuesa merced bien recibido; y en los días de su mansión logrará esta capital la fortuna de ser visitada por un sabio tan recomendable, ya que no tuvo la dicha en otro tiempo de conocer a los ilustres académicos. Más afortunada Quito en sus prosperidades por andar citada en tantos libros sabios, vuelve a serlo ahora de algún modo por su desgraciada catástrofe, llamando la atención de otro sabio para indagar y perpetuar a los siglos venideros las revoluciones espantosas de aquella parte de nuestro planeta.

“Deseo a vuesa merced toda felicidad en su viaje: y le suplico haga de mi parte las más reverentes expresiones de mi afecto a su buen amigo y compañero M. Bonpland, esperando entretanto se sirva vuesa merced avisarme su salida de Cartagena para contar con más certeza los días que me aproximan el gusto de conocer a vuesa merced y abrazarlo con los íntimos sentimientos de la más sincera amistad, con que tendré el honor de ser siempre de mi amigo y señor el más afecto y obligado servidor.

Santafé, 29 de abril de 1801”⁴.

A las once de la noche del mismo día en que Mutis firmaba tan afectuosa carta, los viajeros dejaban a Turbaco, rumbo al Magdalena. Desde el primer momento la casualidad puso a Humboldt en contacto con los hombres que buscaban la independencia nacional, fundada en el ejercicio de los Derechos del Hombre. Con ellos el Dr. Rieux, de regreso de las cárceles españolas como implicado en 1794 en los célebres procesos incoados por la traducción de Nariño, el conato de sedición y los pasquines.

“Se puede imaginar fácilmente, escribe Humboldt, con cuánta emoción el señor de Rieux debía subir ese mismo río que él había descendido encadenado como prisionero de Estado. Lo habíamos ya encontrado en La Habana, y su compañía nos era tanto más agradable ahora cuanto él estaba acompañado de su hijo, joven de bella esperanza, que amaba dibujar las plantas del natural”⁵.

Más impresionante aún por el epílogo, que parece arrancado de la leyenda heroica, el relato que sigue:

“Un ciudadano cuyo nombre se ha marcado después en la historia de la revolución de Cundinamarca y que, como Presidente de la República, ha salvado milagrosamente su vida en la batalla perdida de Pasto porque estuvo tres días errante sin alimento en los bosques, fue arrestado al mismo tiempo que el señor de Rieux. Don Antonio Nariño se encontraba detenido en las prisiones de Santafé de Bogotá cuando yo hice la navegación del Magdalena con su hijo, niño de doce años, y con su cuñado el señor Montenegro. Este último había residido

largo tiempo en el Chocó y en la provincia de Antioquia a causa del comercio del oro en polvo (el rescate del oro de los lavaderos). El me hizo conocer, el primero antes que nadie, el pequeño canal de La Raspadura y la proximidad en la cual se encuentra el golfo de Cupica a las bocas del Atrato. Fue por un singular azar que el joven hijo de don Antonio Nariño subía el río en una misma canoa con el compañero de infortunio de su padre, al cual el Virrey Mendieta, cediendo a las solicitudes del célebre botánico señor Mutis, suavizaba la amargura de la prisión, tanto como el rigor de las órdenes de la Corte podía permitirselo. Todo nos hacía esperar entonces la próxima libertad de don Antonio Nariño, uno de los negociantes más instruidos de la América española; pero él no salió de su prisión de Bocache sino para ser instalado como primer magistrado de una República naciente y para afrontar el doble peligro de la defensa exterior y de las revueltas civiles. Hay algo de dramático en esa mezcla de infortunio y de éxito que se me perdonará el haber entrado en algunos detalles sobre las personas que nos acompañaron de Turbaco a Santafé. No he visto al señor Nariño en su prisión durante mi residencia en esta última ciudad, pero algunos años más tarde, ya desprendido de sus grandezas republicanas y militares, en el momento en que él se preparaba a volver a su patria para tomar parte en el Congreso de Cúcuta, ha venido a darme las gracias a París por los cuidados que el señor Bonpland y yo habíamos tenido con su hijo, debilitado con las fatigas de la navegación sobre el río Magdalena. Extraño destino de los hombres que viven en los tiempos en que las grandes agitaciones políticas quebrantan la sociedad humana!”⁶.

No dio el sabio oportunidad en el relato histórico de su *Viaje a las regiones equinocciales* para referirse a las circunstancias de su tránsito a través del virreinato de la Nueva Granada, a pesar del grato recuerdo que le acompañó hasta sus postrimerías, renovado con el trato de colombianos ilustres que le visitaron en su estudio parisiense, como Acosta, Narváez, Roche, Domínguez, Uricoechea y tantos otros. Felizmente quedan sus cartas de América, crónicas llenas de vida, palpantes por las emociones del momento, trasunto de su euforia espiritual y depósito de tantos de sus descubrimientos en personas, seres y cosas. Esparcidos en muchos lugares de obras suyas tardías con relación a su viaje, quedaron también recuerdos y memorias de este Nuevo Reino de Granada y sus gentes⁷.

A Guillermo su ilustre hermano, le escribe entusiasmado:

“Estoy en extremo feliz. Mi salud es tan buena como nunca lo ha sido, inquebrantable mi valor, mis planes me salen bien y adonde quiera que llego soy recibido con obligante solicitud. Me he adaptado tan bien al Nuevo Mundo, a la vegetación tropical, al color del cielo, a las constelaciones, a la vista de los indios, que la

⁴ *Ibidem* p.p. 325 y 326.

⁷ Oeuvres d'Alexandre de Humboldt, Correspondance Inédite scientifique et littéraire, recueillie et publiée par M. De La Roquette, Doyen et Président Honoraire de la Société de Géographie de Paris, etc., Paris, L. Guérin et Cie, Editeurs, 1869, 1er. y 2^o Partie, XLIV y 461 y 499 p.p.

Letres Américaines de Alexandre de Humboldt, 1798-1807, publiées par le Dr. E. T. Hamy, Paris, Gullmote, pres. 1905. XXXIX, 309 p.

⁴ G. Hernández de Alba, *Ibidem*, p.p. 222 y 223.

⁵ E. Posada, *Ibidem*, p. 325.

Europa no aparece a mi imaginación sino como un país que vi en mi infancia”.

“El deseo ardiente de ver al gran botánico José Celestino Mutis, amigo de Linneo, que reside en Santafé de Bogotá, y de comparar nuestros herbarios con los de él, y la curiosidad de escalar la inmensa Cordillera de los Andes, que se extiende de Lima (del lado Norte) hasta la embocadura del río Atrato, en el golfo del Darién, a fin de poder trazar por observaciones personales una carta de toda la América del Sur, desde el río Amazonas al Norte, me llevaron a preferir el camino de tierra hacia Quito, más allá de Santafé y Popayán, a la vía marítima por Portobelo, Panamá y Guayaquil. No envié, de consiguiente, sino mis instrumentos más voluminosos, los libros que no necesitaba y otros objetos por vía marítima, y nos embarcamos en el Magdalena, después de tres semanas que estuvimos en Cartagena.

“La violencia de las olas y de la poderosa corriente nos retuvieron durante cuarenta y cinco días en el Magdalena, tiempo durante el cual nos vimos siempre entre selvas poco habitadas. No se encuentra casa ni otra habitación humana en una extensión de cuarenta millas francesas. No te digo nada del peligro de los saltos, de los mosquitos, de las tempestades e intemperies que se suceden aquí de una manera no interrumpida e incendian la bóveda celeste todas las noches: te he descrito todo esto detalladamente en muchas otras cartas. Navegamos de esta manera hasta Honda, a cinco grados de latitud norte. Dibujé el plan topográfico del río en cuatro hojas, de las cuales el Virrey guardó una copia; dibujé curvas de nivel barométrico de Cartagena a Santafé, estudié el estado del aire en cuatro lugares, pues mis eudiómetros están todos bien; ninguno de mis costosos instrumentos se ha roto. A su regreso a Francia, Bouguer recorrió el Magdalena de bajada: no llevaba ningún instrumento consigo. Visité las minas de Mariquita y Santa Ana, donde D’Elhuyart encontró la muerte...”⁸.

Se detiene en Guaduas en la casa hospitalaria de don Josef de Acosta, cuyo hogar hacía pocos meses alegraba el menor de sus hijos, el más tarde célebre General Joaquín Acosta, ingeniero graduado en París, geógrafo e historiador, a quien tantas veces consultaría Humboldt acerca de la carta geográfica colombiana. Mientras se recuperaba la maltrecha salud del excelente Bonpland, hubo tiempo para recibir allí otra carta de Mutis; que parecía contar las horas que lo separaban de tan esperada visita:

“Señor Barón de Humboldt.

Mi amadísimo señor:

Muy sensible me ha sido la detención de vuesa-merced, a quien considero cuidadoso por la enfermedad de su buen compañero M. Bonpland. Yo sospecho que se decida ser una fiebre terciana: y en tal caso sería mejor la resolución de venir a descansar y curarse aquí, donde hay otras proporciones que por allá, sin embargo de las cumplidas asistencias de mi amigo Acosta. Aprovechando el día de la intermitencia y también las horas libres en el día de la accesión, se lograría llegar a esta capital, donde todos los que nos interesamos en proporcionar

las comodidades a tan ilustres viajeros cuidaremos del restablecimiento del enfermo. Sin embargo de estas reflexiones, las que vuesa-merced hiciere serán más acertadas; y por lo demás, no hay que tener pena sino la que vuesa-merced puede considerar de que nos dilate el tiempo de darle mis primeros tiernos abrazos. Remito esa porción de la *quina naranjada*, por si fuere necesario recurrir a este remedio con la mayor prontitud en caso de alguna malignidad.

Suplico a vuesa-merced que el día de la salida del Aserradero no se detenga a comer en Facatativá, porque en Fontibón estará preparada la comida, descansando allí para entrar menos molesto a Santafé.

Mucho he celebrado la fortuna de haber observado vuesa-merced la *Myristica*, cuyas flores masculinas difieren absolutamente de la descripción y diseño que hace Aublet de su virola. Aquí hablaremos largamente, y entretanto no hay por qué atarearse demasiado, sino pensar en algún descanso, y templarse al temperamento de estos países altos, en que ha de vivir vuesa-merced por algún tiempo, hasta completar sus ideas en las Provincias de Quito, y volver a bajar a los cálidos.

Quedo a la disposición de vuesa-merced, de quien soy con todas las veras de mi afecto.

Señor, Su amantísimo,

Mutis”⁹.

Por fin, recorrida la difícil y tremenda ruta de montaña, avistaron El Aserradero y la “boca del Monte”, garganta bendecida que se abre para dar rápido acceso a la maravillosa sabana de Bogotá. Horas más tarde la ciudad virreinal estaba de fiesta por tan extraordinaria visita.

“Nuestra llegada a Santafé, escribe el Barón a su hermano, pareció una marcha triunfal! El arzobispo nos envió su coche, y salieron a recibirnos los notables de la ciudad. Se nos ofreció un banquete a dos millas de la ciudad (en Fontibón), y entramos en ella acompañados por más de sesenta personas a caballo. Como se sabía que íbamos a hacer una visita a Mutis —a quien se le guardan grandes consideraciones por su edad avanzada, por su posición en la Corte y su carácter personal—, se dio cierto brillo a nuestra llegada, honrándolo a él en nosotros. El Virrey, según la etiqueta, no debe comer con nadie en la ciudad; casualmente estaba en su casa de campo en Fucha, y nos invitó a ella. Mutis nos había hecho preparar una casa vecina a la suya, y nos trató con excepcional deferencia. Es un eclesiástico viejo, venerable, de cerca de setenta y dos años, y hombre rico. El Rey gasta en la Expedición Botánica 10.000 pesos anuales. Hace quince años que treinta (sic) pintores trabajan con Mutis; tiene de dos a tres mil dibujos en folio, que son miniaturas, exceptuando la de Banks, de Londres, no he visto biblioteca botánica más grande que la de Mutis”¹⁰.

En tan breve párrafo resumió el sabio alemán las impresiones de su estancia feliz, de dos meses, como huésped inolvidable del ilustre y venerable Director de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. El anciano cautivo para siempre a Humboldt y a Bon-

⁸ Hamy, cit. Carta fechada en Contreras de Ibagué, 21 de septiembre de 1801.

⁹ Hernández de Alba, cit. p.p. 224 y 225.

¹⁰ Hamy, ibídem.

pland. Delante de los atónitos viajeros desplegó sus tesoros de ciencia; como ningunos eran ellos los más calificados para valorar la tarea realizada en tantos años. Día tras día debieron dialogar infatigables estos tres hombres jamás satisfechos de su quehacer; soñando Mutis con nuevas empresas científicas y los dos exploradores acrecentando sabiduría y experiencia. Delante de ellos el patriarca cuya amistad con Linneo los unía a tan gloriosa época del mundo científico; amplía ruta abierta por el maestro sueco, continuada y rectificada por Mutis, el español-americano, brindada a ellos ahora para proseguir con la plenitud mental del siglo XIX. Pronto para dar, Mutis los abrumó de cariño y de regalos entre los que figuraron más de un centenar de esas preciosas láminas, ufanía de la flora universal.

Humboldt proclamaría en todas partes su gratitud y en lo venidero se convertiría en el panegirista y defensor de quien desde el primer momento le mereció el dictado de “patriarca de los botánicos”. Lo veneró, honró y recordó siempre. A muchas leguas del anciano Maestro, a quien no volvería a ver jamás, en importantes comunicaciones al Instituto de Francia, al sabio Delambre, a Cavanilles, Director del Real Jardín Botánico de Madrid, expresó, sincero y justo, el aprecio que le mereció y la gratitud por el honor de su amistad, de todo lo cual daría público testimonio en obras científicas que honran la ciencia universal.

El 21 de junio de 1803, desde la capital de México, Humboldt y Bonpland escribieron al Instituto Nacional de Francia:

“Citoyens,

Depuis le mois de brumaire, an VII (23 octobre 1799), ou depuis le commencement de l'expédition dans laquelle nous nous sommes engagés pour le progrès des sciences physiques, nous n'avons cessé de chercher des moyens pour vous faire parvenir des objets dignes d'être conservés dans le Musée national. Sans compter les collections nombreuses de graines adressées au Jardin des Plantes de Paris, et les produits de l'Orénoque dont le citoyen Bressan, ci-devan agent de la République à la Guadeloupe, s'est chargé, nous vous avons envoyé de Santa-Fe de Bogotá et de Carthagène des Indes, deux caisses accompagnées de lettres datées de messidor, an IX (1801-2). L'une de ces caisses contient un travail sur la quinquina du royaume de la Nouvelle-Grenade, savoir: des dessins enluminés de sept espèces de *Cinchona*, avec l'anatomie de la fructification, des échantillons d'herbiers en fleurs et en graines, et les écorces sèches de ce produit précieux digne d'une nouvelle analyse chimique. L'autre caisse renferme une centaine de dessins en grand folio, représentant de nouveaux genres et de nouvelles espèces de la *Flore de Bogotá*. C'est le célèbre Mutis que nous a fait ce cadeau aussi intéressant pour la nouveauté des végétaux que pour la grande beauté des planches coloriées. Nous avons cru, citoyens, que ces collections seraient plus utiles aux progrès de la botanique en les offrant à l'Institut national comme une faible marque de notre reconnaissance”.

En la ciudad de Lima, el 25 de noviembre de 1802, el Barón había escrito al sabio Delambre:

...“Le docteur Mutis qui m'a fait mille amitiés, et pour l'amour duquel j'ai remonté la rivière de la Ma-

deleine en quarante jours, le docteur Mutis m'a fait cadeau de plus de cent dessins magnifiques en grand in-folio, figurant de nouveaux genres et de nouvelles espèces de sa *Flore de Bogotá* manuscrite. J'ai pensé que cette collection, aussi intéressante pour la botanique que remarquable à cause de la beauté du coloris, ne pourrait être en de meilleures mains qu'entre celles des Jussieu, Lamarck et Desfontaines, et je l'ai offert à l'Institut national comme une faible marque de mon attachement...”¹¹.

Lustros más tarde evocaría así la inolvidable memoria de José Celestino Mutis:

“El hombre que durante cuarenta y ocho años de trabajos en el Nuevo mundo, desplegó tan asombrosa actividad, estaba dotado por la naturaleza de la más feliz constitución física. Su conversación era tan variada como los objetos de sus estudios. Si algunas veces hablaba con calor, le gustaba también practicar el arte de escuchar, a que tanta importancia daba Fontenelle, y que tan rara vez veía en su tiempo. Aunque muy ocupado de una ciencia que hace necesario el estudio más minucioso de la organización, Mutis jamás perdía de vista los grandes problemas de la física del mundo. Había recorrido las cordilleras con el barómetro en la mano; había determinado la temperatura media de estas planicies que forman como islotes en medio del océano aéreo; y admirado del aspecto de la vegetación, que varía a proporción que se desciende a los valles, o que se sube a las cimas heladas de los Andes, todas las cuestiones que se conexian con la geografía de las plantas le interesaban vivamente, y casi trató de conocer los límites más o menos próximos entre los cuales se encuentran confundidas, en la pendiente de las montañas, las diferentes especies de *cinchona*. Este gusto por las ciencias físicas, esta curiosidad activa que se dirige a inquirir la explicación de los fenómenos de la organización y de la meteorología, mantuvieron en él todo su vigor, hasta el último momento de su vida. Nada prueba mejor la superioridad de su talento que el entusiasmo con que recibía la noticia de un descubrimiento importante. No había visto los laboratorios químicos desde 1760; y sin embargo, la lectura asidua de las obras de Lavoisier, de Guyton-Morveau y de Fourcroy, le habían sugerido conocimientos muy preciosos sobre el estado de la química moderna. Mutis acogía con bondad a los jóvenes que mostraban disposiciones para el estudio, y les suministraba libros e instrumentos: a sus expensas hizo viajar a muchos de ellos.

“Después de haber hablado de su liberalidad y de los sacrificios que hacía por las ciencias, es inútil ponderar su desinterés. Gozó durante mucho tiempo de la confianza de los Virreyes, que ejercían un poder ilimitado en aquellos países; pero jamás se valió de su crédito sino para ser útil a las ciencias, para hacer conocer el mérito que gusta de permanecer oculto, y para defender con valor la causa del infortunio. No ambicionaba otro suceso que hacer triunfar la verdad y la justicia. Llenó con celo austero, si puede decirse así, los deberes que le imponía el estado que había abrazado; pero su piedad no buscaba el vano brillo del renombre, era dulce

¹¹ Humboldt. Correspondance Inédite etc. 1er. partie p.p. 120 a 131 y 149 a 161.

como lo es siempre que se encuentra unida a la sensibilidad del corazón la elevación del carácter”.

Como suceso digno de memoria guardan las crónicas de Bogotá el de la visita de tan célebres científicos. Su juventud, su gentileza y simpatía se adueñó de todos. Llegaban en momentos en que el amor de las ciencias naturales fomentado por el venerable Mutis, era compartido por damas y caballeros de la sociedad. El periodismo, el teatro, la biblioteca pública, la cátedra de matemáticas en el Colegio Mayor del Rosario y los pasados alardes revolucionarios despertaban la sociedad criolla a cuya cabeza la familia de los Marqueses de San Jorge daba el ejemplo en su afán por poseer las ciencias y las artes. Jorge Tadeo Lozano, hermano del Marqués, había regresado hacía poco de España, después de recibir el título de Químico, y era decidido por la zoología. En torno a la casa de la Real Expedición Botánica mendeaban los hombres provecos con los jóvenes procedentes de las diferentes provincias, estudiantes de los dos Colegios Mayores de la capital. Todos competían en sus aficiones científico-literarias que expresaban en depurado estilo y brillante concepción.

Rodeados fueron por esta sociedad ansiosa de luces, invitados por el Virrey Mendinueta a quien recónditos pensamientos políticos le hicieron suspicaz y precavido con tan queridos huéspedes; animaron los salones discretos y elegantes de la sociedad y hasta los humildes, que no podían entender la alta calidad mental de los viajeros, registraron en sus diarios íntimos el acontecimiento como lo hizo el maestro sastre José María Caballero que anotó lo que mejor se acomodaba con su genio: “Julio. A 6 entró en Santa Fe el Barón francés (sic); trajo una lira, la que tocaba muy bien, instrumento que aquí no se había visto. Se infiere que era emisario”¹².

Como a un oráculo les escuchó la inflamada juventud estudiosa. Los hombres de luces les admiraron entusiasmados; todos quisieron conocer a los dos sabios; estar cerca para escuchar sus disertaciones y recibir el estímulo para continuar fomentando las ideas progresistas que animaban al Nuevo Reino. A Humboldt se le podría considerar a manera de fundador de la célebre tertulia del *Buen Gusto*, de la que fue animadora la culta dama doña Manuela Sanz de Santamaría de Manrique, y que tanta influencia tuvo en la cultura de la capital del virreinato. En su salón conoció entre otros a Camilo Torres de quien escribió la más excelente semblanza, maravillado de su insigne organización mental. Jamás recató su admiración por tantos próceres como tuvo la oportunidad de conocer y de tratar desprevenidamente o apreciarlos por sus obras y trabajos en el campo científico, como le ocurrió con Francisco José de Caldas, aún antes de conocerlo personalmente. En el hijo de Popayán adivinó al genio, nunca encubrió la admiración que su caso intelectual le produjo; si chocó su temperamento por razones de índole puramente humana, en los escritos, diarios y producciones del prusiano no falta honroso lugar para el criollo ilustre. A su vez Caldas quien, pasado el turbión del desencanto, había cifrado, con suma de razón, su mayor triunfo en trabajar por unos meses al lado del genial berlinés, solo tuvo

para él, para sus ideas científicas respeto, admiración y elogio como lo demuestran muchas páginas de su valioso *Semanario del Nuevo Reino de Granada*.

Por espacio de dos meses Humboldt y Bonpland honraron la capital del virreinato. En ella trabajaron por el progreso del país y buscaron ser útiles a un pueblo que de tal manera supo distinguirlos y amarlos. Además de la carta del río Magdalena, el Barón trabajó una excelente memoria sobre las salinas de Zipaquirá. Visitó la laguna de Guatavita y el célebre salto de Tequendama; herborizó en las cercanías de Santafé en compañía de Francisco Javier Matís, y con su lápiz magistral trazó bocetos de las bellezas naturales del virreinato. En su modesto colaborador Matís apreció todas las cualidades de la escuela de Mutis; con Bonpland le dedicó su nuevo género *Matisia* y lo consagró luego en carta a Wildenow suscrita en México el 20 de abril de 1803: “Matis, le premier peintre de fleurs du monde et un excellent botaniste à Santafe, élève de Mutis”¹³.

Jamás en su larga vida, de satisfacciones y de honores, disfrutó tanto don José Celestino Mutis como ahora, cuando su serena inteligencia encontró la mejor ocasión para expandirse y elevarse. Cuán equivocados los que le tuvieron por hurano, egoísta y reconcentrado, especies que corrían hasta en la misma Europa. Humboldt los desmentiría como lo hizo cuando los envidiosos quisieron amargar las postrimerías de aquel “por cuyo amor subió el río durante cuarenta días”, de ya olvidadas incomodidades y peligros. Presente está su carta a Cavanilles cuando se trató de despojar a Mutis de la gloria de descubridor de las quinas de Santafé de Bogotá, que le disputó con inaudita constancia el respetable médico panameño Sebastián José López Ruiz, a quien secundaron en Madrid, con el ánimo de derribar el valor científico de la *Quinología* de Mutis, Ortega y los célebres expedicionarios del Perú y Chile, Ruiz y Pabón. Herido el joven sabio alemán, escribió entonces:

“He visto con mucha pena lo que ha ocurrido con las Quinas, pues la ciencia no gana cuando se mezclan la hiel y las personalidades. La manera como se ha tratado al venerable Mutis me ha herido el corazón.

“Las ideas que se han esparcido en Europa sobre el carácter de este hombre célebre son falsas hasta más no poder. Me trató en Santafe con una franqueza como la de Sir Joseph Banks: me mostró sin reserva todas sus riquezas de botánica, zoología y física; comparó sus plantas con las que yo tenía y, en fin, me permitió tomar todas las notas que deseé sobre los géneros nuevos de la *Flora de Bogotá*. Está ya viejo, estoy sorprendido de los trabajos que ha llevado a cabo y de los que prepara. Es admirable que un hombre solo haya sido capaz de concebir y ejecutar tan vasto plan.

“El señor López me envió su memoria sobre la *Quina* antes de imprimirla; le dije entonces que su escrito probaba con evidencia que Mutis había descubierto la Quina en las montañas de Tena en 1772, y que él (López) la había visto cerca de Honda en 1774”¹⁴.

¹³ Hamy, cit.

¹⁴ Tan importante carta en la cual, además, da cuenta de sus tareas científicas, está fechada en México el 22 de abril de 1803. Fue hecha publicar por Cavanilles en los “Anales de Ciencias Naturales de Madrid”, 1803, vol. VI, p. 281.

¹² Biblioteca de Historia Nacional, vol. I, La Patria Boba, p. 98

El 8 de septiembre de 1801, cuajados de lágrimas los ojos, el venerable Mutis vio partir a los dos viajeros a quienes con sus cartas, recomendaciones y todo género de cariños, siguió con ternura paternal a través de las rutas tremendas que les llevaban a Popayán y Quito. Donde quiera que llegaban eran sorprendidos por los *chasquis* del doctor Mutis, por las atenciones prevenidas por Pombo, el gran señor de Cartagena de Indias y las que el señorío santafereño les brindaba en sus haciendas como los Lozanos y Caycedos.

Las cartas de Mutis lo dicen todo:

“Señor Barón de Humboldt.

Mi estimadísimo amigo y señor:

“Voy siguiéndole a vuesamerced los pasos mentalmente, ya que no puedo hacerlo con mi persona. Mi corazón persevera enternecido con los últimos abrazos, y necesito violentarme para que mis ojos no publiquen sus ternuras. ¡Tal es la impresión que ha grabado en mi corazón el amabilísimo trato familiar de un amigo que hizo tantos sacrificios para conocerme y honrarme!

“Acabo de saber las molestias del monte de Fusagasugá, agravadas por el fuerte aguacero; y me tiene en gran cuidado la quebrantada salud de mi muy amado Bonpland. No puedo quietarme hasta salir de mis sobresaltos, y a este fin hago este *chasqui* al punto más cierto de la llegada a Ibagué.

“Entre mis muchas inadvertencias, originadas de mi flaca memoria y de la variedad de asuntos de que tratamos, tuve la de olvidar la entrega del adjunto papel: es un diario del descubrimiento de la veta de cinabrio del Quindío, practicado por mi mayordomo Gutiérrez, según las noticias que ya tenía y las instrucciones que le formé; empeñado en esta comisión por los poderosos enlaces que me unían al Marqués de Sonora y al Arzobispo Virrey Góngora. El señor Barón me ha ofrecido hacer un reconocimiento que no creo le será difícil; y para verificarlo con mayor seguridad podrá servir ese diario. Fuera de ser este descubrimiento tan decoroso a mis tareas mineralógicas, no lo sería menos para un ilustre viajero que hará memorables sus jornadas del Quindío por este reconocimiento. Suplico también a vuesamerced que me participe la medida barométrica en el sitio inmediato a la veta, para compararla con la del mayordomo, a quien entregué también al termómetro que le sirvió.

“Adiós, mi amabilísimo señor Barón, hasta la que le seguiré a ésta alcanzándolo en Cartago. Mis tiernas memorias y cordialísimas expresiones a mi muy amado Bonpland. Nuestro común amigo Escallón los acompaña igualmente. Entretanto, mande vuesamerced, con la satisfacción de que soy y seré siempre cual vuesamerced me ha conocido...

Santafe, 12 de septiembre de 1801”¹⁵.

Cuan grato habrá de ser para la memoria de Humboldt renovar en el recuerdo, en estos días, esas relaciones tan fecundas para la ciencia, expresadas en las cartas

¹⁵ El amigo Escallón citado es el doctor Antonio José Escallón y Florez, uno de los más antiguos discípulos de Mutis en su cátedra de Matemáticas y autorizado botánico. Hernández de Alba, cit. 228 y 229 p.p.

íntimas de los dos sabios. El 21 de octubre tornó Mutis a escribir:

“Mi estimadísimo amigo y señor:

“Si es cierta la noticia que me dieron ayer de hallarse vuesamerced cerca de Popayán, sería más abreviada de lo que yo creía la excursión del Quindío, donde lo contemplaba yo todavía el día 15, calculando la entrada desde el día 29 de septiembre, porque hallando bueno el camino, convidaba el tiempo a detenerse para el reconocimiento de esas tierras altas, y si malo, la necesidad obligaba a detenciones indispensables. ¡Qué de cosas buenas habrá vuesamerced observado en ese amenísimo tránsito! Y ¿cuál habrá sido la suerte de mi filón de cinabrio? Sobre todo lo que más me interesa es la salud de vuesamerced y del amabilísimo Bonpland. Conviene tomar algunos moderados descansos para no perder la salud preciosa en las grandes poblaciones, porque así lo exige la aspereza de tales caminos, y también la necesidad de ir conservando las preciosidades descubiertas.

“Después de nuestra triste y necesaria separación, he recibido tres apreciables cartas de vuesamerced, una desde Contreras y dos desde Ibagué. Todas sirvieron para endulzar mis amargas memorias. Si las gentes de Santafe y las señoras principales, entre quienes se han distinguido la Lozano y la Santa María, han sentido la ausencia del amabilísimo Barón¹⁶, cuántos motivos hay para reunir en mí los sentimientos de todos? En la última correspondencia ha resonado por la ciudad el nombre de Humboldt, alegrándonos de ver sus elogios merecidos y publicados en *El Mercurio* de enero, y en el capítulo de Berlín de la *Gaceta*, 23 de abril.

“En esta correspondencia recibí el número 5 de los *Anales*, en que se halla la memoria de Zea sobre las quinas de Santafe, y allí mismo el género dedicado a nuestro buen Bonpland, que hice copiar para remitirlo en ésta. Zea se halla en París desde enero del presente año, con licencia del Rey, para instruirse principalmente en la química, cuyos conocimientos nos son aquí tan necesarios, y espero difundirá en esta capital según sus extraordinarios talentos. Eligió para este estudio a M. Vauquelin, y me habla mucho del amable Jussieu, quien se halla muy irritado con los señores de la *Flora Peruana* por haberse resistido éstos a corregir sus errores, y publicarlos aquel en su nueva edición como correcciones hechas por los mismos autores. Han disparado un suplemento a su *Quinología*, en que según veo por el título de la *Gaceta*, responden a Zea, y también intentan satisfacer los reparos de Jussieu. Veremos cómo salen de estos atolladeros, que los considero más difíciles que los del Quindío. Mi sobrino no pudo acompañar a Zea, interrumpida la comunicación de la Andalucía con la Corte por la peste, donde debía presentarse para agitar su pretensión, y desde luego la hubiera conseguido como Zea, por la grande protección del ex-Ministro Urquijo.

“Nos hemos quedado burlados con los anuncios de la paz. Parece que las miras del nuevo Emperador Alejandro son contrarias a las de su padre, y aun se asegura últimamente que Rusia y Prusia han declarado la gue-

¹⁶ Doña María Tadea Lozano, hija del Marqués de San Jorge de Bogotá, sobrina y esposa de Jorge Tadeo Lozano, químico y zoólogo. La otra dama aludida es doña Manuela Sanz de Santamaría de Manrique, memorable en los fastos culturales de Santafe de Bogotá.

rra a Francia. Todas las noticias, como también esta, necesitan de confirmación, que lograremos tan tarde como esta correspondencia de año y medio, en que se han recibido cartas y noticias públicas del año de 99. Parece haber salido falsa la muerte de la Reina, aunque vino tan circunstanciada en día y causas de su fallecimiento.

“Muchísimo celebré la oportuna observación del eclipse de luna en Ibagué, para que juntamente hiciese vuesa-merced la observación del barómetro. Logre vuesa-merced la oportunidad de Quito y demás estaciones dentro de los trópicos, porque en saliendo de aquí, sus observaciones, por muy finas que sean, quedarán en el número de la ingeniosa teoría del ilustre Toaldo, que es lo más fino que he visto en el asunto de mareas atmosféricas.

“En otra ocasión irán otros papeles, y la Memoria de la sal. Se va a cerrar el correo, y por eso concluyo ésta, con mis expresiones finísimas a nuestro Bonpland. Vuesa-merced reciba de los Lozanos, Portocarrero, Isla, Escallón y Rizo, con singularidad, cuya inclinación a vuesa-merced es desde luego memorable y superior a cuanto yo puedo explicar¹⁷.

“Mande vuesa-merced, pues, con la seguridad de que soy...”.

Mas el climax de la manifestación de este paternal afecto, tan justamente despertado por Humboldt en el sabio Maestro, lo pondera la postrera carta conocida, de las numerosas que debió escribirle don José Celestino. Refiérese en ella a la proposición que le hizo de llevar a su lado, mientras continuara su viaje por América, la severa y genial juventud de Francisco José de Caldas, de quien Mutis, sin conocerlo sino de oídas y por alguna carta, se constituyó en decidido protector hasta hacerlo uno de sus predilectos colaboradores. La humildad del sabio Mutis corre parejas en esa carta con la calidad de su amistad sin par, que no quiso ver sacrificada por un incidente de tan humana explicación. Es bien sensible que falten del archivo de Mutis las cartas de Humboldt, acaso desaparecidas para siempre, lo mismo que las que éste escribiera al señor Pombo que, día a día, al igual de Mutis, le siguió con sus cartas en su itinerario austral. El bello diálogo que se adivina por la expresiones del Director de la Real Expedición Botánica de Santafé de Bogotá, queda así fatalmente trunco, pero se prolonga en las obras geniales de Humboldt y Bonpland y en los términos con que el prusiano se refirió en lo venidero a la grandeza mental del más insigne civilizador del Nuevo Reino de Granada.

De tal manera el primer fruto científico de la inolvidable expedición, la *Geografía de las Plantas o cuadro físico de los Andes equinoxiales y de los países vecinos, levantado sobre las observaciones y medidas hechas en los mismos lugares desde 1798 hasta 1803, y dedicado, con los sentimientos del más profundo reconocimiento,*

¹⁷ Referencia a los señores don José María Lozano de Peralta, marqués de San Jorge, su hermano el hombre de ciencia y catedrático Jorge Tadeo, don José Antonio Portocarrero y Salazar, el P. Miguel de Isla, médico eminente y director de la Facultad de Medicina del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; el ya citado doctor Escallón y don Salvador Rizo, primer pintor y Mayordomo de la Real Expedición Botánica. Hernández de Alba, *ibidem*, I, p.p. 228 y 229.

al ilustre Patriarca de los Botánicos D. José Celestino Mutis, por Federico Alejandro, Barón de Humboldt. Con la efígie del preclaro sacerdote gaditano honraron el tomo primero del más sazonado fruto de las tareas botánicas realizado con la incomparable colaboración de Aimé Bonpland, *Plantes Equinoxiales*, publicado en París en 1808, el año mismo de la muerte de tan insigne hombre de ciencia a quien también dedicaron la obra *Comme une faible marque d'admiration et de Reconnaissance*.

La última carta de Mutis a Humboldt que ha llegado a nuestro conocimiento, a la cual nos hemos referido, dice así:

“Señor Barón de Humboldt.

“¿Qué es esto, mi amadísimo Barón? ¡Qué! ¿Una propuesta hecha con la mayor sinceridad y franqueza será capaz de alterar nuestra constante amistad? ¿Tendría yo la culpa de que Caldas se hubiese aficionado con entusiasmo al ilustre Barón hasta pensar en seguirlo por las dos Américas? ¿Pude yo proceder con mayor franqueza que la que indican las expresiones de mi carta, y remitir apertorias, para que vuesa-merced las leyese, la respuesta y libranza a Caldas? ¿Y no sería mi verdadera intención agregarle un alumno que creí sería de su agrado? Rompa vuesa-merced, pues, su silencio, y como si tal cosa no hubiere pasado, continúe vuesa-merced correspondiendo a su amado amigo.

“He repetido a vuesa-merced en mis anteriores que remití la Memoria original de las salinas con lo demás que participé en ellas. Sáqueme vuesa-merced de este cuidado.

“En el Jardín Botánico de Madrid se ha hecho una grande revolución. Se ha retirado a Ortega y Barnades; y se ha creado por Director, Profesor y único jefe de aquel establecimiento a nuestro amigo Cavanilles.

“Más ruidosa ha sido aquí la separación de Rieux, que ha bajado a Cartagena preso para ser conducido a España. Se dice ser la causa haber engañado al Ministerio.

“De cuántas noticias de mi satisfacción me ha privado el señor Barón, por tan dilatado silencio. Ameme vuesa-merced como le amo; y si vuesa-merced ha concebido algún agravio en mi indiscreta propuesta, merezca yo la indulgencia de tan generoso amigo, a quien he amado y amaré cordialmente todo el resto de mi vida.

“Mis tiernas expresiones al amabilísimo Bonpland, y vuesa-merced mande con satisfacción, pues soy...”

“Santafé, 21 de mayo, 1802¹⁸.

De la ciudad de Quito prosiguieron los viajeros sus agobiadoras jornadas hasta arribar, por fin, a Lima, término austral de sus investigaciones. Desde aquí, antes de embarcarse para Guayaquil de donde continuarían rumbo a México, el Barón escribe una larga carta al Virrey de Santafé don Pedro Mendinueta, dándole pormenorizada cuenta del itinerario seguido desde Santafé de Bogotá y para agradecer, una vez más, también en nombre de su compañero, tantos favores recibidos, así como por las altas recomendaciones para los gobiernos

¹⁸ *Ibidem*, p.p. 240 y 241.

de Quito y Lima que tanto contribuyeron a hacerlas tan útil y tan grata su estancia en las dos importantes ciudades¹⁹. El señor Mendinueta, a fuer de hidalgo no dejó percibir a los viajeros las precauciones políticas de que les hizo rodear en todas partes de acuerdo con su carta reservada de 19 de julio de 1801 dirigida al Excmo. Señor D. Pedro Ceballos, ministro de Estado de la Corona: "Como en los tiempos que alcanzamos, escribí, sea de cualquier modo asunto delicado la internación a estos países de unos extranjeros hábiles e instruídos que en las mismas operaciones e investigaciones científicas, aunque las ejecuten con sincero fin deben adquirir conocimientos que tal vez convendría reservar; sin negarme yo al cumplimiento de lo tan expresamente mandado por S. M. y de que como de hecho no tengo causa suficiente para dudar, me he propuesto estar a la mira de todos sus pasos y prevenir reservadamente a los Gobernadores de los territorios por donde transitaren ejecuten lo mismo, dándome aviso de cualquier cosa que

¹⁹ La traducción del francés, en copia de la época, se conserva en la Biblioteca Nacional de Bogotá; fue publicada por el señor don José Manuel Groot en las páginas LXLVI a LXLVIII del Apéndice al tomo II de su *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*. Bogotá, Casa Editorial de M. Rivas & Cía. 1890. Fue también dada a conocer por el historiador D. Eduardo Posada en su comentario bibliográfico a la obra del Dr. Hamy, citada. Posada es también autor de un breve estudio "Humboldt en Colombia", incorporado, como su reseña "Cartas de Humboldt" a su obra *Apostillas*, citada en la nota 1. Otros dos académicos colombianos, los doctores Diego Mendoza y Nicolás García Samudio, se ocuparon también de la presencia de Humboldt en Colombia. Débese al primero la traducción de algunas de las cartas del Barón, escritas desde América, y al segundo el opúsculo *El viaje de Humboldt a América*, Bogotá, Imprenta de "La Luz", 1934, 32 p.p.

observen digna de mi noticia; o tomando desde luego la providencia que tengan por precisa en mejor servicio del Rey, a cuya soberanía me ha parecido conveniente participarlo por medio de V. E..."²⁰.

Ninguna precaución fue precisa para celar la infatigable tarea de los dos exploradores que encontraron un mundo próximo a irrumpir en el concierto de las naciones libres, con el ímpetu de sus volcanes ecuatoriales. Nuevo Mundo cuya naturaleza y cuyo espíritu desplegaron los dos sabios ante el atento europeo para quien, hasta entonces, eran territorios vedados a su anhelo científico y a su ambición expansionista.

Los dos jóvenes descubridores de tanto tesoro escondido en la naturaleza o inédito en las carpetas y papeles de hombres memorables como Mutis, pudieron expresar plenamente su gratitud hacia la España decadente de Carlos IV, que si agonizaba en la Península florecía, cargada de esperanzas, en los dominios de Ultramar.

"Le ruego, dice Humboldt al Director del Jardín Botánico de Madrid, dé a conocer nuestro reconocimiento por los innumerables favores que debemos a los españoles en todas las partes de América que hemos visitado; seríamos ingratos si no hiciéramos los mayores elogios de la generosidad de la nación española y de su gobierno, que no ha cesado en honrarnos y protegernos"²¹.

²⁰ Restrepo Tirado, cit. p.p. 122 y 123.

²¹ De la Roquette, cit. 1er. partie, p.p. 162 a 170.